

## DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA HACIA UNA NUEVA MORAL SEXUAL

### *Bajo el Directorio. De Napoleón I a Napoleón III*

EN *La prostitución a través de los siglos* del doctor Caufeynon, se reproduce el reglamento de un establecimiento situado en Palais Royal. Es una curiosa mezcla de moralismo y mercantilismo. El primer artículo establece: "Cualquier muchacha o mujer que quiere sacar provecho de sus encantos debe considerarse como una comerciante y no tener en vista más que sus intereses y ganancias." Lo que no impide que la autora de este reglamento, la patrona del establecimiento, formule de esta manera el último artículo: "A pesar de todas las ventajas aparentes de su situación, ella tendrá que estar convencida de que su profesión es la más infame y humillante de todas; en consecuencia, ella procurará hacer todo lo posible para abandonarla"...

La moral burguesa veía en la profesión de la prostituta una emancipación del yugo capitalista, es decir, ¡una liberación individual! Es un grosero error. Un asalariado que trabaja para el patrón y hasta un bandido que ataca en el camino, pueden tener su propio carácter y dignidad. Una prostituta no puede tener su propio carácter, sino que es obligada a soportar el carácter de su patrón o del que la mantiene. El rol social de la prostitución sería el de conservar "la castidad de las mujeres honradas". Es verdad que las prostitutas son sacrificadas por el modo como son desconsideradas por la sociedad y por el control policiaco al cual están sometidas; pero no es dable observar la gratitud de las mujeres castas ante las prostitutas que, con su profesión, defienden la castidad de aquéllas.

Cuando Napoleón I subió al trono se mostró muy severo ante las costumbres públicas; por lo menos, se debía aparentar que la fachada social fuera virtuosa. En su vida personal, no se sintió satisfecho con Josefina de Beauharnais, su primera esposa, ante

la cual mostróse generoso después de su regreso de Egipto. Josefina, de más edad que él, hacía todo lo posible para que las numerosas relaciones de su esposo fueran pasajeras. Napoleón I, poco galante con las mujeres, tenía más imaginación erótica que deseos sexuales. Tuvo hijos con Eleonora Denuelle y con la señorita Walevska, comprobando de este modo que no era estéril, y teniendo motivo para separarse de Josefina.

Bajo los Borbones, Luis Felipe y Napoleón III, la mujer mantenida, la "cortesana", afirma cada vez más su dominación. París llegó a ser una Atenas, apurado, empero, a regocijarse sin la preocupación del día de mañana y sin la disfrazada gracia del siglo XVIII. Bajo el segundo imperio, el salón de Paiva era frecuentado por Sainte-Beuve, Renán, Taine, Ed. About, Delacroix. En 1877, Gambetta visitó su palacio como si fuera una embajada semioficial. Paiva rivalizaba con Eugenia de Montijo, tanto en influencia como en elegancia. En el teatro, su palco estaba frente al de la emperatriz. La actriz Hortensia Schneider (la que falleció en 1920 a la edad de 82 años) fue una de las reinas de la belleza de aquellos tiempos. Su nombre evoca la vida suntuosa, despilfarradora, caprichosa y haragana, a cuyo frente se encontraba Napoleón III. En la exposición de 1867 desfilaron por el palco de Hortensia Schneider —verdadero tipo de actriz cortesana— emperadores, reyes y príncipes.

En Las Tullerías estaba instalado un "servicio de las señoras" dirigido por un chambelán que tenía la misión de reclutar para Napoleón III "virtudes" fáciles y dóciles. En Fontainebleau, durante la "caza de cervicabras", las damas mundanas y las pensionistas de las "casas selectas", vestidas con pieles de gamuzas, eran perseguidas. Los cazadores ladraban igual que los perros, y de noche "la caza" era servida en la orgía romana. Es de hacer notar, sin embargo, que el emperador tenía horror a los invertidos, cuyo número se elevaba en París a 50.000, y tenían sus clubes ("la Rosette", "les Deux Hémisphères"). Las mujeres sáficas, por su parte, tenían su círculo: el Pequeño Eldorado de Saint-Germain.

Bajo la Restauración, el romanticismo triunfa. Era la época de las modistillas ("grisetas"), las camaradas de los estudiantes

del barrio latino, sentimentales, desinteresadas, y a las que ensalzó Henri Murger y su escuela. Trabajando y cantando toda la semana, el domingo se paseaban por los bulevares y Campos Elíseos con su temporario amante. Era el tiempo de oro de la bohemia, continuado (bajo Guizot, quien había lanzado la fórmula práctica: “¡Enriqueceos!”) por el de las “loretas”, elegantes señoritas de las tiendas del centro parisiense. Ellas penetran en el barrio de la burguesía, de la orilla izquierda del Sena, pero pronto son reemplazadas por las “cocotas”, llamadas también demimundanas.

Hemos llegado en plena historia contemporánea. Una de las especialidades de la tercera República lo constituye la publicación de biografías amorosas de los grandes varones y de las mujeres célebres de los últimos dos siglos: Byron, Musset, George Sand, Lamartine, Balzac, Liszt, Víctor Hugo, Sainte-Beuve, Stendhal, Ricardo Wagner, Sara Bernhard, etc. Nadie duda actualmente de la influencia inspiradora del amor, de la mujer, sobre los artistas, literatos y hasta sabios. Se reconoce que la obra de los intelectuales y artistas es tanto más original y viable si los autores supieron permanecer la mayor parte del tiempo “enamorado”.

### *Isadora Duncan. George Sand*

Isadora Duncan ha contado su vida en un libro: *Ma Vie*, aparecido después de su trágica muerte (1928). Una escritora de talento, Federica Montseny, trazó un significativo retrato de la célebre bailarina en *La Revista Blanca*, Barcelona. Resumamos algunos pasajes.

Una mujer que tuvo numerosos amantes, la que conoció toda clase de amores, narró su vida con encantadora sinceridad, con la inocencia de los niños y animales, que siempre son puros por ignorar el pudor. ¿Qué es el pudor? Es la conciencia del misterio, el secreto de la carne, en el dominio sexual. Decía Anatole France que solamente las mujeres mal conformadas podrían ser púdicas. Una mujer de cuerpo perfecto no debe conocer el pudor. El criterio de Isadora Duncan fue epicúreo, helénico. Nacida bajo el signo de Afrodita, destinada al amor y a las pasiones,

su vida ha sido consagrada también a un ideal de arte, a una concepción artística de la humanidad y del orden social. Esto no se ve mucho en nuestros días.

Llegada Isadora con su familia desde América del Norte, “una familia exótica, de locos inofensivos”, como decían los guardianes del museo de Londres, se orientó hacia el luminoso país de la gracia, del arte y del amor: Grecia. Una familia pintoresca desembarcó en Atenas: dos varones y tres mujeres besaron la tierra de los filósofos y artistas helenos. Ellos se despojaron de los vestidos europeos y se pusieron la túnica, el peplón y las sandalias, queriendo revivir, en el presente sin grandeza, el pasado armonioso, entre las ruinas de la Acrópolis. Isadora bailaba de noche, en el Partenón, bajo los claros de luna, evocando a los faunos que en las selvas perseguían a las vírgenes elegidas por los dioses. Su tentativa de resucitar a la antigua Atenas dionisiaca, tragó una buena parte de su fortuna, ganada después de su laborioso debut. No se dejó vencer por el sarcasmo de los contemporáneos, ni por su moral hipócrita. Sirvió con pasión el arte y el amor.

Las mujeres nacidas bajo el signo de Afrodita fueron grandes enamoradas, algunas veces trágicas, de acuerdo con la época y el país: Eloísa, Julieta, Isabel, la pálida Agnes Bernauer, la ardiente Adriana Lecouvreur, Ninón de Lenclos, la señora Récamier... Ellas fueron las musas del romanticismo o las bacantes del amor corporal, heroínas trágicas o inspiradoras idealizadas.

Isadora Duncan resucitó la pureza y la inocencia primarias de la humanidad; tuvo el valor de vivir, en esta sociedad política, en conformidad con sus deseos y su voluntad; su ética era: *el amor como arte*, pero también *la maternidad como derecho*. No “la maternidad como deber”, lo que es una maldición agregada por los fariseos a la otra fórmula: “el trabajo como deber”. Alumbrar en el dolor y ganarse el pan con el sudor de su frente, son los mandamientos de un dios inhumano. Isadora también ha querido cambiar el trabajo en un *derecho* voluntario y alegre; y a las mujeres les ha predicado, a través de sus danzas y el ejemplo de su vida amorosa, el derecho de crear alegría

y vida, aun mediante el sufrimiento, pero en el sentido de Beethoven: "Por el sufrimiento hacia la alegría."

Por su temperamento y su ambiente, Isadora amó a muchos hombres, sincera, simple y generosamente, siendo *ella misma*, con la desnudez moral y física de su belleza. Ha sabido ser también madre cariñosa y fiel. La mujer que reencontró el sentido sensual y epicúreo de la vida, tal como le ocurrió a Isadora, estaba muy lejos de la complejidad trágica de las heroínas de Ibsen, que se complacen entre truenos destructores, desencadenados sobre océanos, y en tormentas que preparan renovaciones y redenciones. Isadora era cual tierra florida e iluminada por el sol. No obstante, no ha sido exenta de grandes pruebas: la muerte de sus hijos fue un drama desgarrador. Esta mujer, que ha querido ser feliz, teniendo *en ella* solamente motivos de alegría, esta optimista y animadora artista soportaba el sufrimiento exterior. No era, en ella, el dualismo que desencadena lo trágico, sino el impulso hacia la vida luminosa y calma. El amor no le provocaba conflictos interiores, ni luchas de conciencia. Cuando le gustaba un hombre lo aceptaba o se le ofrecía. Algunos, como el puritano compositor ruso Stanislawski y un gran escultor americano, resistieron su seducción. No era, empero, una Salomé vengativa. Ha juzgado a los hombres con bondad, y para cada amante tuvo comprensión y noble generosidad. Actriz en la eterna y grandiosa comedia de los sentimientos e instintos, no fue, sin embargo, un elemento pasivo, una compañera sometida al orgullo masculino.

El último y el más doloroso episodio de su vida fue su amor por Esenin, poeta ruso alcohólico, atormentado, hermano espiritual de Poe, Verlaine y Baudelaire. Sufrió mucho con él. Esenin se suicidó. E Isadora Duncan tuvo un fin trágico: fue estrangulada en su propio velo, en un accidente de automóvil. Tuvo una muerte digna de Safo, de Antígona, siendo aún hermosa, pagando con sufrimiento su dionisiaca vida, consagrada a la Belleza y al Amor.

En la misma revista, al hacer Federica Montseny un paralelo entre Isadora Duncan y George Sand, encuentra entre ellas una diferencia más bien moral que una diferencia real de situaciones

y concepciones. En George Sand la vida y el amor tenían un sentido más bien místico, más idealista y exaltado, menos corporal, pero igualmente materno que en Isadora Duncan. Ésta gozaba del amor, sea como fuera, mientras que George Sand sufría por el amor; cada uno de sus amores constituía un conflicto, una lucha, una angustia íntima seguida frecuentemente de ruptura o desengaño. Ella no huyó al amor excesivamente dominante o doloroso. Si abandonó a Alfredo de Musset, ella tuvo, como lo demostró también en *Elle et Lui*, poderosos motivos; los poetas fueron siempre amantes vanidosos, tocados de narcisismo, henchidos de énfasis y tan ocupados de sí mismos que no se podían consagrar enteramente a la mujer amada.

George Sand fue devota hasta el sacrificio para los hombres que amó, yendo algunas veces contra sus propias convicciones. En 1848, tras el período de los amores extremistas iniciado con Miguel de Bourges, tuvo con Bakunin una amistad confundida con el amor, defendiéndolo contra las maniobras de Marx y otros ataques políticos. Se entregaba con toda el alma, con entusiasmo, con una especie de castidad, con un idealismo, con un misticismo extraordinarios. No se puso de parte de los oprimidos con la espontaneidad de la gran Séverine, pero supo poner en sus amores tanta ternura materna, tanta preocupación y bondad, y tanto sufrimiento, que todos esos sentimientos le dieron una dignidad y pureza de las que muy pocas amantes pudieron dar prueba.

George Sand fue también la amante de Sandeau, Liszt, Mérimée, Leroux, la amiga amorosa de Flaubert, la hada bienhechora de Chopin. Sus relaciones con Chopin duraron once años; los primeros cinco años significaron una época fructífera para Sand, la que escribía tan infatigablemente como amaba; los últimos años fueron absorbidos por la enfermedad de Chopin: apenas podía trabajar. Siendo tuberculoso, Chopin quería todo para él; era febril, irritable, apasionado. Su drama se pone en evidencia en la novela *Lucrecia Florian*, escrita por Sand, que también se justificó en *Historia de mi vida* por qué tuvo que separarse de Musset y por qué abandonó a Chopin dos años antes de morir.

Seguramente que tampoco faltan otras descripciones de esta prodigiosa escritora y amante; algunas no la excusan en absoluto. El mismo Chopin la acusó de haber precipitado su fin. Quizá Isadora Duncan, que danzaba la *Marcha fúnebre* de Chopin, hubiese comprendido mejor la intensidad trágica, el extraordinario fatalismo del enfermo genial, precisamente porque el sufrimiento de ella procedía del exterior. George Sand sufría ella misma, era una apasionada que se entregaba a los amantes bajo el impulso del alma, pero su sacrificio no iba hasta el total renunciamiento. Éste se halla en la naturaleza de la mujer superior.

*De la señora de Krudener hasta Rasputin,  
el "Santo" satánico*

Gracias a una mujer mística, que también ha sido una célebre cortesana, el zarismo fue, en un momento dado, el árbitro de Europa; y por causa de un hombre místico, que también fue un gran apasionado, el zarismo tenía qué derrumbarse después de un siglo.

Juliana Wietinghoff, que había llegado a ser la baronesa de Krudener, era una rubia livoniana que pudo conservar por mucho tiempo el encanto de su juventud. En París visitó frecuentemente a Cagliostro, Saint-Germain, Mesmer y a todos los swedenborgianos y místicos de allá. Casada a los 19 años con un diplomático, lo abandonó para unirse al periodista y crítico J. B. Suard, que tenía 50 años; relación tempestuosa, destruida por los celos con escenas públicas. Siguió después en Venecia al dramaturgo Ducis. Luego de haber llevado la libertad del amor hasta los últimos límites, ella se retiró algún tiempo en un monasterio de monjes armenios, procurando iniciarse en los misterios de la Cábala y de los antiguos oráculos. Insaciable y celosa, empujó a la muerte al agregado de embajada Alejandro de Stakieff. En París, bajo el Directorio, frecuentó a las señoras Tallien, Beauharnais, Récamier, pero sin olvidar al cantor Garat.

Bajo el Consulado, la señora de Krudener tuvo un salón literario: cuadro voluptuoso, coqueto, con un oratorio sombrío, propicio al ensueño y meditación. Recibía a los literatos y místi-

cos. Una de sus novelas autobiográficas: *Valérie*, tuvo éxito. Envió dos ejemplares lujosamente encuadernados al Primer Cónsul, el general Bonaparte; éste arrojó un volumen al suelo y el otro al fuego. Sabiendo eso, la hermosa livoniana juró vengarse del “nuevo Atila”, flagelo de Europa, y llevar a la ruina al imperio napoleónico. En Alemania, ella era considerada como una inspirada; su fama pasó a Rusia. El zar Alejandro I insistió en que viniera a la Corte. La profetisa le hizo creer que él tenía la misión de restablecer lo que destruyó Napoleón y entrar en París al frente del ejército de la “Santa Alianza de los reyes y pueblos”. El zar vio a la inspirada en Potsdam; ambos estaban confiados en su “estrella”. Cuando el “ángel negro” fue exiliado en Santa Elena y el forjador de la Santa Alianza visitó a la baronesa de Krudener en su palacio de París, la victoria de la inspirada llegó a su punto culminante. Entre el zar y la profetisa el amor místico se confundió, sin duda, con el amor propiamente dicho. Cuando Alejandro I se sintió cansado de ella (debido a su nuevo amor con la princesa Naristin), él se convirtió para la baronesa en un “Anticristo”. Ella comenzó a andar por Europa predicando la caridad, la fraternidad, la pobreza obligatoria, anunciando también el fin del mundo. Encontró bastantes oyentes. Se retiró a Crimea, en la casa de la princesa Galitzin, y falleció en 1824. Después de un año, Alejandro I, al leer sus cartas póstumas, embargado por amargos pesares, rezó en su tumba. También el zar murió poco después, atacado por la fiebre.

Un siglo más tarde, la Corte de los zares es dominada por otro místico, el “mujik” Gregorio Rasputin, “endiosado por algunos, maldecido por otros, borrachín y santo, adivino, taumaturgo y desenfrenado”, dotado de una extraordinaria vitalidad, ultimado una y otra vez, hasta que sus cenizas fueron aventadas.

Originario de la aldea siberiana Prokovskoie, Rasputin tuvo en su juventud una pésima reputación: cuatrero, falsos testimonios, asesinatos. Una vez convertido, fundó una secta cuyo dogma, prestado de los Klistos —unos flagelantes que creían en la metempsicosis y tenían algunos Cristos— consiste en la necesidad de pecar para poder redimirse. Los sectarios se reunían alrededor de una fogata en el campo y hacían penitencia, para

volver a entregarse de nuevo al pecado. Instalado en la capital de Rusia, Rasputin tuvo que suplantar este culto orgiástico con su magnetismo personal.

Su influencia, en verdad, no puede ser explicada sin ese magnetismo. "Sus ojos, escribía la señora Djanumoff, la penetran a una como si quisieran atravesar de una sola vez hasta el fondo del alma; imposible soportar el esplendor de los mismos... Tenían a veces fulgores de locura, otras veces una expresión de maliciosa bondad". En otros tiempos, este Rasputin, casado, padre de tres hijos, erótico-místico, hubiese sido un santo milagroso por el hecho de curar con el simple toque, mediante la señal de la cruz o invocaciones. Se le atribuyó la curación de enfermedades nerviosas y hasta algunos casos del dominio quirúrgico.

No cabe duda que Rasputin ejerció dominio sobre la familia del zar, aunque era inculto y grosero, muy diferente de la señora de Krudener, que dominó a Alejandro I con su inteligencia. El "santo mujik" tuteaba a los soberanos, pero también recibía a los más humildes; se sentía bien en la iglesia, pero también en las tabernas de moda y en las carpas de los gitanos. Durante sus orgías abrazaba a los hombres y a las mujeres, especialmente a las jóvenes. En su domicilio desfilaban incesantemente postulantes de todas las clases sociales; la campesina esperaba al lado de la aristócrata. Los cánticos, los rezos y las bebidas no tenían fin. Era una mezcla de sugestión, mediumnismo, tau-maturgia, charlatanismo y pseudoeslavismo.

El poder de Rasputin, de esencia religiosa, se explica por su erotismo místico: concebía el amor humano como un aspecto secundario del amor divino, ambos necesarios para crear una fuente de energía y bendición. "Sin amor, pierdo la fuerza... Sin la luz del amor, el espíritu se oscurece", decía Rasputin. Si en su lenguaje reemplazamos la palabra Dios con Naturaleza, vemos que este "santo" era un pagano liberado de la hipocresía sexual. Algunos intentan rehabilitar su memoria: si no era un santo, poseía, sin embargo "una chispa divina". La verdad es que, después de la Revolución, su cadáver fue desenterrado y quemado para hacer desaparecer cualquier vestigio.

*El Extremo Oriente. Los semicivilizados y los primitivos*

En China, 720 años antes de la era cristiana, el Estado se ocupó de la reglamentación de la prostitución. Los barcos adornados de flores y alumbrados con lampiones son allá lo que en el Japón las "casas de té": lugares de baile y concierto, restaurantes y lupanares. Se deslizan a lo largo de los ríos, cerca de las grandes ciudades con numerosas pagodas. En el puente hay salones reservados a los ricos; al fondo se aglomera el pueblo. Las rameras-músicos viven en una verdadera esclavitud, siendo propiedad del dueño del barco. La mayoría de ellas llegan del lujoso decoro a las calles de la ciudad. En 1861, Amoy, ciudad marítima de 300,000 habitantes, tenía 3,650 prostíbulos con 25,000 "pensionistas". El movimiento para liberación de esas desdichadas se afirma también en el Japón, a pesar de la resistencia de los viejos japoneses acostumbrados a "la libertad de las costumbres". El japonés pasa la noche donde quiere, en la convicción de que a su esposa también le dispensa su libertad sexual. Las "gheisas" —las cortesanas— formaban una casta privilegiada, pudiendo llegar a casamientos de elevada categoría. En la actualidad son tan comercializadas como las prostitutas de Occidente. En 1617 se creó en Tokio para ellas un barrio especial, Yoshivara, cuyo lujo pintoresco ha sido descrito por muchos viajeros. De hecho, aquello constituía una áurea miseria para las mujeres que no llegaron a pertenecer a la clase de las "gheisas". Defendiendo la ley solamente a las niñas hasta la edad de 12 años e "ignorando" la prostitución, ésta pudo crearse en cada ciudad su respectiva Yoshivara.

La prostitución no es el "privilegio" de las civilizaciones que se exterminan entre sí mediante el uso de las ametralladoras y aviones de bombardeo; ella existe también en los pueblos que manejan la maza y la lanza<sup>1</sup>. La diferencia radica en que, en

<sup>1</sup> En su libro *Los Primitivos*, Elías Reclus describe de una manera muy detallada y pintoresca las costumbres —y también la vida sexual— de los esquimales, los hiperbóreos cazadores y pescadores, los apaches (pieles rojas), las desgraciadas poblaciones de Sakhalin y las islas de los ainos (Japón), y de algunas tribus aisladas en las montañas de India, los naires, y los kolarianos de Bengala.

los primitivos y semicivilizados, la prostitución no reviste carácter denigrante; las rameras no forman, como en el Occidente, una corporación despreciada por la moral pública. En las tribus "salvajes" que aún quedaron en las islas del Pacífico, en el centro y sur de África, en la América Central y en la del Sur, perduran todavía el comunismo sexual y la prostitución hospitalaria, al lado de las costumbres familiares mezcladas con viejas supersticiones. Los primitivos quedan, sin embargo, dentro de los cuadros flexibles de la naturaleza, y su moral sexual no constituye una odiosa hipocresía como lo es en los "puritanos" civilizados. La libertad sexual de los primitivos evita, en todo caso, muchas aberraciones y horrores provocados por la contención de los instintos en los centros occidentales. No obstante, esto no significa la ausencia de normas mínimas: en la mayoría de las tribus, la prostitución no es más que una etapa hacia el casamiento. La prostituta no es perseguida por la "policía de las costumbres" y aun es preferida (por su dote) en la fundación de una nueva familia.

### *"Las casas de cita". El tráfico de carne viva*

En cambio, en las grandes ciudades civilizadas, si el lupanar tiende a desaparecer, la prostitución clandestina se afirma cada vez más, haciendo competencia a las desdichadas profesionales que esperan un cliente en la esquina. Después de la guerra de 1914-18, la elasticidad de las costumbres, unida a la sed de lujo y al placer venal, contribuyó a que numerosas muchachas y señoras de diferentes categorías sociales, aun de las más elevadas, se entregaran a la prostitución en las "casas de cita", no tan sólo en los hoteles o "garçonnières". En una docena de casas de cita de París se cotizaba, después de la primera guerra mundial, de cinco a diez mil francos, fácilmente pagados por los "nuevos ricos", por los extranjeros generosos, por los provincianos opulentos que se sienten ufanos de tener una baronesa o condesa. Muchas señoronas del "gran mundo" están prestas a responder a un "petit bleu" o a un llamado telefónico. Se cita el caso de una distinguida señora, a cuyas recepciones concurría

la élite intelectual y burguesa, y la que era considerada como rica: no tenía otros ingresos que los procedentes de las casas de cita.

En lo que respecta al "tráfico de carne viva" en los países civilizados, se halla firmemente organizado como cualquier otro comercio sobre bases internacionales. Existe, desde luego, un tráfico ordinario para las casas de prostitución, pero también "asociaciones" que reservan su "mercadería" para los clientes de primera categoría. Son típicas las revelaciones hechas en 1855 por *Pall Mall Gazette* acerca del comercio de muchachas en Londres, para el uso de los "gentlemen", quienes pagaban diez libras esterlinas por cada virgen, pero teniendo cuidado de pagar mucho más para las obras caritativas. Este comercio estaba dividido en: 1) Compra, venta y desfloración de los niños; 2) Tráfico de vírgenes; 3) Corrupción de las mujeres; 4) Comercio internacional de muchachas, y 5) La sección de las crueldades y perversiones. Las víctimas pertenecían a las clases populares. Los "clientes" sabían eludir las leyes. El escándalo era ahogado: la fachada moral de la sociedad debía permanecer intacta; y los puritanos de Inglaterra (igual que los de los demás países civilizados) pueden continuar su hipocresía en materia sexual, a pesar de haberse creado una policía femenina, y de la implantación de "medidas drásticas" por parte de los gobiernos contra el tráfico de mujeres blancas.

### *La policía de las costumbres y el abolicionismo*

Se puede fijar el año 1875 como principio de una discusión seria acerca de la prostitución como delito. La policía de las costumbres tendría una justificación si no se reconociera el derecho de una persona a prostituirse, de "alquilar sus órganos sexuales". La reglamentación de la prostitución constituye un privilegio de Estado, pero las normas son tan variables, en conformidad con los gobiernos y su respectiva policía, que la arbitrariedad y las injusticias son inevitables. Las ramerías son, "fuera del derecho común", obligadas a inscribirse en la policía, a ser examinadas por un médico, y sometidas a tantos embrollos y

restricciones que, aun cuando desean retirarse para llevar una "vida honesta", son perseguidas hasta el fin de su vida. Habría qué decir demasiado si investigáramos más de cerca los procedimientos de la policía de las costumbres, los que difieren de una ciudad a otra, y hasta en cada una de ellas, en el mismo barrio y de un día a otro. El capricho unido a los intereses ocultos de los poderosos (de la política y del comercio) hacen de las prostitutas unas infelices. La represión se ejerce únicamente contra el sexo femenino; el cliente que contagia a la prostituta no arriesga nada. Es el sistema cínico de la doble moral. La venta del placer sexual constituye un delito para la vendedora, aun cuando ella, al principio, haya sido seducida.

Esta situación paradójica atrajo la atención de muchos espíritus generosos. En 1903, E. Combes, ministro del Interior de Francia, reconoció en un informe al presidente de la república que "la prostitución no entra en los cuadros de los actos delictuosos y que ella no puede ser juzgada más que por la conciencia individual", por cuanto cualquiera tiene derecho de disponer conscientemente de su persona.

El movimiento abolicionista, que tuvo su origen en los países protestantes, llegó a ser internacional. Aquél reclama la abolición del régimen que brinda solamente al hombre la seguridad e impone a la mujer el control policial y médico. En los países protestantes la policía de las costumbres ha sido abolida; es aún mantenida en los países católicos y ortodoxos. Los abolicionistas, sin embargo, son partidarios de la "limpieza de la calle", condenando el ofrecimiento, el "ultraje público al pudor", etc. En sus actividades, ellos no se libran de la hipocresía puritana, porque la ramera no es libre para ejercer su comercio, igual que el carnicero o la modista. Se suprimió el "delito de la prostitución", pero quedó en pie el del ofrecimiento ("racolage"); se reemplazó la policía masculina con la femenina para vigilar las calles públicas, pero esto no impidió las detenciones arbitrarias y los innúmeros embrollos.

La abolición de la prostitución será la consecuencia de un cambio de la mentalidad general, cuando la mujer casada o de "buenas costumbres" no tenga una *situación moral privilegiada*

ante la mujer "sexualmente emancipada" o de "costumbres ligeras". También la desaparición de las enfermedades venéreas depende del nuevo estado de espíritu, que no hará diferencia entre las afecciones orgánicas génito-urinarias y las lesiones provocadas en otras partes del cuerpo. Desde el punto de vista puramente moral, la prostitución femenina desaparecerá cuando las reacciones amorosas sean consideradas como vínculos que consolidan la buena camaradería entre las personas de ambos sexos y entonces nadie pensará que podrá comprar o vender el placer corporal.

### *Las "anomalías" sexuales*

A fines del siglo XIX y principios del XX se levantó una nueva reivindicación: la de la libertad de practicar las "anomalías sexuales". ¿Por qué se tolera la prostitución femenina y se considera como delito la masculina? ¿En qué consiste el delito? Un hombre razonable no se siente satisfecho con simples palabras: "antinatural", "innoble", "infames". Él exige una investigación científica, carente de prejuicios. Si la anomalía sexual concierne solamente a la conciencia individual, entonces ella debe tener toda la libertad; si es una enfermedad, en tal caso ella debe ser atendida (si se puede comprobar la curación). Muchos homosexuales y mujeres lesbianas pusieron de manifiesto tener una salud normal y una inteligencia superior. Bastará para ello citar algunos nombres: Safo, Sócrates, Eurípides, Platón, Alejandro Magno, Miguel Ángel, Bacon de Verulam, Benvenuto Cellini, Leonardo de Vinci, Winckelman, Kirkegaard, Hans Andersen, Chaikovski, von Platen, Federico II, Herman Bang, Renée Vivien, Verlaine, Walt Whitman, Oscar Wilde, etc. El éxito de librería de ciertas novelas de André Gide indica el interés público por esta clase de problemas.

Algunos investigadores demostraron que las anomalías sexuales son practicadas también por animales sanos. Esto ha determinado a Havelock Ellis (en *Inversión sexual*) a decir que el anormal no es un enfermo, sino un individuo salido de su especie. De acuerdo con A. Moll, no se ha podido comprobar

que los invertidos sean neurópatas (*Investigaciones sobre el instinto sexual*). Los anormales sexuales serían, en primer lugar, "víctimas de la hostilidad social", la que no comprende que la inversión es un fenómeno congénito, conocido y practicado en los tiempos más remotos (los dioses egipcios Horus y Tet eran homosexuales).

El problema tiene tres fases: 1) la homosexualidad es tolerada o prohibida, conforme lo decida la mayoría de la población; 2) en el dominio religioso (el cristianismo), ella constituye un sacrilegio; 3) ella no sería más que una cuestión de gusto, de estética: no gusta a la mayoría y agrada a la minoría. Las opiniones estéticas, igual que las políticas, se hallan al margen de la ley. Un acto no es criminal por ser desagradable. No obstante, interviene la ley. En los países de civilización latina, según el Código Napoleón, la inversión es castigada cuando es complicada con la violencia, el ultraje público al pudor, la violación de menores. En Inglaterra, Alemania y Austria la inversión sexual es considerada como un crimen. Cualquier forma de homosexualidad o sodomía, en Inglaterra es castigada por lo menos con dos años de trabajo forzado y aun con pena perpetua. En Estados Unidos, hasta 20 años de cárcel. En Alemania existe el famoso artículo 175 del Código Penal, agravado arbitrariamente por la policía. En Rusia zarista el homosexual perdía los derechos políticos y era desterrado a Siberia.

Esta legislación no correspondería a la así llamada "zona sotádica", establecida por R. Burton, la que abarca los países de los alrededores del Mediterráneo, de Europa del Sur y África del Norte, Asia occidental hasta Cachemira, Turquestán, Ganges y después el Japón, China, Oceanía y América Latina. En esta zona la inversión sexual no es considerada como delito; por el contrario, a veces es tolerada como una "práctica inocente". La represión de la homosexualidad en los países anglosajones y germanos no tuvo efectos decisivos. Ella arruinó a un artista refinado como Oscar Wilde. En Alemania, los partidarios de la "amistad masculina" reaccionaron enérgicamente; ellos tenían sus publicaciones: *Der Eigene, Die Freundschaft*. Eminentes personalidades pidieron la derogación del artículo 175, que fa-

voreció más bien el chantaje y la extorsión. Algunos invertidos exceden la medida cuando afirman que el amor homosexual es superior al amor heterosexual. En muchas novelas alemanas, las virtudes homosexuales son exaltadas en modo exagerado. En París, los invertidos, si bien son numerosos, no están "organizados" como los de Berlín y procuran no enfrentarse con la ley.

Un detalle curioso es el que ofrece el doctor Doblowsky: la dentadura de los homosexuales es más pequeña que la de los hombres normales y algo más grande que la de las mujeres. Las inclinaciones homosexuales, según este indicio, serían conocidas en la tierna juventud.

### *El autoerotismo. El simbolismo sexual*

Entre las anomalías compréndese también el autoerotismo, desde los sueños diurnos voluptuosos hasta la automanipulación sexual. El autoerotismo no responde específicamente al ser humano; los ciervos, los carneros, los monos y hasta los elefantes se masturban. El juicio público varió según las épocas: en la Grecia antigua, la masturbación no revestía importancia; el cínico Diógenes (tal como relata Plutarco) consumaba este acto en la plaza pública. La moral cristiana, al condenar la masturbación, contribuyó a que la misma prosperara más; la casuística de los teólogos católicos (el jesuita Gury) permitió, sin embargo, a las mujeres casadas practicar la autosatisfacción. El punto de vista moderno, según Rémy de Gourmont, Venturi y otros, basado en la observación objetiva, es que el onanismo constituye una manifestación fisiológica natural, aunque sería más conveniente una conclusión contraria. Havelock Ellis comprueba que los fenómenos autoeróticos son inevitables tras la incesante coacción de la vida civilizada.

Por otra parte, las investigaciones médicas (R. Hamet, Camus, Orlovski, Erb, Hamond) no comprobaron las "terribles consecuencias atribuidas al onanismo", aun si es practicado en la época de la pubertad. El cansancio muscular y el agotamiento nervioso son inferiores que en las relaciones normales. "Si esta perversión es deplorable desde el punto de vista social,

parece que no reporta inconveniente alguno al individuo". Según G. F. Lydston, la inteligencia permanece inmune en los que en su juventud llevaron a cabo este acto. "Goethe, Gogol y otros hombres geniales practicaron la masturbación." Lo mismo podría decirse de Rousseau, lo que no le determinó la "debilidad mental y la estupidez que tendrían su origen en este vicio". El doctor M. Hodann tituló uno de sus trabajos: "El onanismo no es vicio, ni tampoco enfermedad." Parece que las creencias erróneas acerca de la masturbación proceden de un libro: *Onanía*, publicado al principio del siglo XVIII por un charlatán inglés que vendía un remedio destinado a desacostumbrar al mundo de este hábito. Recién en 1872, con Cristian, la cuestión empieza a ser investigada científicamente.

El "simbolismo o fetichismo erótico" constituye otra serie de anomalías. Havelock Ellis clasificó estos fenómenos en conformidad con los objetos o actos que los provocan. I. *Las partes del cuerpo; normales*: la mano, el pie, el seno, el cabello, las secreciones; *anormales*: estrabismo, cojera, indicios variólicos, pedofilia (amor a los niños), presbofilia (amor a los ancianos), necrofilia (atracción por los cadáveres), zoofilia (excitación mediante los animales). II. *Objetos inanimados*: ropas, lencería, calzados, ligas, etc. Objetos impersonales que casualmente pueden conducir a la excitación sexual. III. *Actos y actitudes; activos*: flagelación, crueldad, exhibicionismo; *pasivos*: soportar azotes, crueldades; el olfato, la voz, etc.; *mixocóspicas*: la visión de actos de colgar, el mecimiento, el ordeñamiento, la defecación, el emparejamiento de animales.

Binet y Krafft-Ebbing pretenden que "toda la selección sexual no es otra cosa que una especie de fetichismo complicado". Nadie quiere comprender a un anormal sexual, que se cree solo en el mundo, mientras que hasta los invertidos encuentran individuos con los cuales pueden asociarse. "El sagrado deseo" del anormal sexual aparece como una puerilidad absurda o como un vicio que reclama la intervención policial. Actualmente se ha olvidado que la adoración de la pierna, el respeto ante los actos o materias excrementales, la convivencia con animales, la solemne exhibición de los órganos de reproducción, estaban considerados

“por nuestros antepasados aún no remotos como puntales de las más elevadas concepciones y los más profundos impulsos religiosos”.

El anormal fetichista no es tratado con el mismo interés acordado al invertido sexual. Los intelectuales fetichistas, esclavos de la opinión pública, saben ocultar sus preferencias. Los síntomas de la morbidez sexual son, empero, frecuentes, específicamente humanos, indicando el gran poder plástico de la imaginación. De este modo el hombre se crea “su propio paraíso”. Nietzsche escribió: “No hubiéramos tenido a Rafael sin cierta exasperación de su sistema sexual.”

Desde el punto de vista ético comprobamos que algunas caricias amorosas son admisibles, mientras que otras son consideradas como perversas, infames. Los que ciegamente condenan a los anormales son víctimas de un modo de pensar creado por la religión, especialmente por el cristianismo que, al igual que la moral judaica, no admite las relaciones sexuales más que para cumplir el mandamiento: “Creced y multiplicaos”. El placer puro, la voluptuosidad, es considerada como pecado “vergonzoso”, “obsceno”, tolerado, no obstante, por ser inevitable en los actos sexuales. También la moral laica, protegida por el Estado, se halla afectada por la misma mentalidad. Los “placeres” no deben sobrepasar cierta medida, autorizada por los representantes del Estado y de la “sociedad”. Cuando también se inmiscuyen los “capitanes de industria”, tiene que haber motivos económicos al lado de los políticos. Si para la guerra era necesaria cuanto más posible carne de cañón, después de ella el problema de la desocupación contribuyó a que hasta la iglesia anglicana de Inglaterra se colocara al lado del gobierno para alentar la limitación de los nacimientos. La legalización del aborto y la difusión de los procedimientos anticoncepcionales en la Rusia soviética y en el Japón han estado, al principio, en relación también con el crecimiento rápido de la población.

Para los que se despojaron de prejuicios y enfocan el problema con criterio objetivo, la búsqueda de un placer amoroso o erótico es tan legítima como la búsqueda del placer artístico, intelectual, recreativo o gastronómico. Haciendo abstracción de

los dogmas que permiten o prohíben arbitrariamente los placeres, debemos situarnos en el terreno del individualismo: preguntémosnos si, practicando cierta acción, no nos arrebatara el dominio de nuestra personalidad. Con otras palabras: si después de haber experimentado el codiciado placer, nos reencontramos o no en plena posesión de nuestra individualidad. Interesa poco cómo es creado o recibido el placer: puede ser aislado, mutual o asociado, pero que sea carente de engaño o imposición. El hombre a quien no *empequeñecen* los medios por los cuales se procura los placeres es, para nosotros, un hombre normal; de otra manera, es un anormal. El hombre normal, aislado o asociado, vive su vida, *toda* su vida, incluso la sexual, negándose a ser dominado por la doble moral de la Iglesia o por los asalariados del Estado.

### *La ambisexualidad*

Uno de los problemas que todavía no ha sido plenamente investigado es el denominado *ambisexualidad*. El doctor J. Rutgers ha escrito páginas notables sobre este problema. Se pregunta si no llegaría una época en la que "la clase superior será ambisexual, vale decir, constituida por hombres que sienten afecto tanto por uno como por el otro sexo, según el acuerdo o armonía de sus respectivos caracteres, sin considerar la diferencia sexual como punto esencial. No los atraerá la diferencia sexual, sino la humana simpatía por la persona. Estos seres superiormente dotados tendrán entonces el derecho de contemplar desde lo alto tanto a los heterosexuales como a los homosexuales"... Una de las fases primitivas en la escala de la evolución de las especies, es el hermafroditismo o la bisexualidad. En la formación embrionaria del ser humano existen ambos sexos que, posteriormente, se diferencian entre sí. Recién en la pubertad, cada persona se destaca como individuo y también como sexo. La diferenciación no es, sin embargo, absoluta: la mujer posee un clítoris y al varón no le faltan los pechos. En algunos casos se encontraron en el mismo individuo tejidos testiculares y ováricos. Hasta cierto punto, los dos sexos se hallan mezclados en

cada uno de nosotros, ya que cada uno provenimos del encuentro de ambos sexos. El tipo puramente masculino o femenino se realiza muy raras veces.

De estas consideraciones resalta que los homosexuales son un ejemplo típico e instintivo de esta mescolanza de sexos. Ellos poseen los órganos de reproducción de un sexo y las inclinaciones sexuales del sexo opuesto. Representan el tipo intermedio entre ambos sexos, fenómeno de transición hacia los dos tipos extremos que solemos creer que son normales. Cuanto más desarrollada está la civilización, tanto más se evidencia la individualidad de cada persona. He aquí por qué, en las civilizaciones superiores, las particularidades homosexuales se manifiestan también de una manera más distinta. Estas diferencias producen la inmensa variedad de los tipos humanos.

### *El masoquismo*

El masoquismo es un estado de espíritu del amante que lo induce a buscar placer o voluptuosidad solamente cuando es azotado, maltratado, humillado o injuriado por la persona por la cual siente pasión. También las mujeres pueden ser masoquistas. No es esto una "invención" moderna. No pocos de los episodios amorosos de la Edad Media indican una tendencia masoquista. En los poemas de Goethe, Heine y otros hay vestigios de estas tendencias, igual que en la correspondencia amorosa de una enérgica personalidad como la de Bismarck. Masoquista fue también J. J. Rousseau. El venerable Aristóteles es exhibido, en algunos grabados, en cuatro patas, llevando a espaldas a una mujer que tiene un látigo en su mano.

El masoquismo, antítesis del sadismo, afectaría especialmente a las personas dotadas de un temperamento sensitivo, delicado, artístico. Esta anomalía tiene su origen en el nombre de Leopoldo Sacher-Masoch, un novelista austríaco, doctor en derecho, quien ha querido dar a su vida un carácter donquijotesco. Huyó a Florencia con una princesa rusa, convirtiéndose en su sirviente. Cuando se casó, pidió que su esposa lo azotara diariamente; creía que esto le estimularía en su trabajo literario. Luego quiso que

su esposa tuviera amantes, lo que consiguió. Se divorció para casarse con su secretaria, viviendo tranquilo y predicando finalmente una especie de comunismo anarcocristiano. Fue, sin embargo, sobrio, no fumaba ni bebía, ejerciendo buena influencia sobre los campesinos, entre los cuales vivió. Un Tolstoi en miniatura. Falleció en 1895 a la edad de 59 años.

Sacher-Masoch no era el primer apóstol de la flagelación. Ésta fue practicada también en la época de los enciclopedistas. El doctor alemán J. H. Meibomius, al citar en 1629 a Oribase, Gallien, Avicenas al lado de Marcial, Petronio, Séneca, Rabelais, Brantôme, afirma que la “flagelación provoca en las partes flojas y propensas al frío una conmoción violenta, una irritación voluptuosa que se transmite también al esperma”. Igual que el fenómeno sádico, el masoquismo es un estímulo sexual. Los fisiólogos como los sexólogos pueden demostrar las relaciones que existen entre el amor y el dolor. Creemos, sin embargo, que alejando del medio humano los prejuicios relativos al “cortejo” y “flirteo” (erróneamente considerados como una lucha) ya no será necesaria la crueldad como estímulo sexual supremo.

### *El freudismo. El spiessismo*

No es fácil resumir en algunos renglones la concepción y el método del *psicoanálisis*, al que denominamos aquí “freudismo”, derivado del nombre del médico psiquiatra Sigmund Freud, de Viena. Éste propuso y aplicó su sistema en el tratamiento de las enfermedades nerviosas.

El doctor Freud consideraba que “el instinto sexual es el móvil fundamental de todas las manifestaciones y actividades psíquicas”. Denominó *libido* “al poder con el cual se manifiesta el instinto sexual”. El libido tropieza con diversas dificultades en su desarrollo, estando expuesto a estacionarse, es decir, a fijarse en una tendencia que representa solamente una fase momentánea de su desarrollo (por ejemplo, la tendencia incestuosa). El libido está también expuesto a una *regresión*, si los obstáculos son infranqueables; entonces puede retroceder hasta el sadismo, incluso a la necesidad de provocar sufrimiento, tan manifiesto

en los niños. O desviarse hacia el narcisismo, la exaltación erótica de su propia persona. El instinto de conservación, las tradiciones, la moral, los intereses profesionales, las leyes civiles y los dogmas religiosos constituyen barreras contra el libido. De esta suerte se crea un conflicto entre el "yo" artificial y la sexualidad originaria.

El resultado de este conflicto varía según el individuo. En algunos, el libido triunfa; los moralistas los llaman pervertidos o libertinos. En la mayoría de los hombres se establece una especie de equilibrio entre la vida sexual y las demás formas de vida del "yo". Las tendencias sexuales son en algunos *desviadas*, "sublimadas", orientadas hacia fines sociales: el arte, la ciencia, la literatura, la religión, la filantropía, etc. No obstante, existen seres en los cuales no siendo el libido ni satisfecho ni "sublimado", es violentamente repelido hacia el inconsciente. Esa es la causa de las neurosis, de las perturbaciones psíquicas, manifestadas mediante las obsesiones, impulsos criminales, fobias, inquietudes, melancolía, ascetismo exagerado.

Para penetrar en este "inconsciente" —la sede de las neurosis—, el psicoanalista investiga los actos de olvido (*lapsus*), los sueños y sus símbolos, "la censura del yo", la psicología del niño, todo lo cual reclama un método difícil y complicado. El doctor Freud se empeñó en hacer volver el inconsciente al consciente. No era un revolucionario social, que indujera al individuo a vivir toda su vida sexual aun en detrimento de la moral. Más bien prefirió permanecer partidario de la teoría de las dos naturalezas, esforzándose en aclarar la lucha entre el sexualismo y el ascetismo, pero dejando al enfermo que "tome decisiones por sí mismo". Son, pues, exageradas las acusaciones de inmoralidad dirigidas contra el freudismo. El doctor Freud no tenía ideas sociales en relación con el sensualismo, sino que se conformaba con exponer los hechos. Estaba lo suficientemente avanzado al reconocer que el instinto sexual excede al instinto de reproducción, que lo *sexual* no es inevitablemente ligado a lo *genital*.

La parte realmente nueva de las investigaciones de Freud es el estudio de la vida sexual del niño, vida rica en sensaciones

y sentimientos que sobrepujan a las consideradas como normales, y que culminan en el famoso "complejo de Edipo". Éste aparece temprano, ya a la edad de dos o tres años; entonces el niño se "enamora" de su madre; la niña ve en la madre a un ser molesto, valiéndose de la "coquetería" ante su padre. Los nuevos hermanos o hermanas son recibidos con desagrado, pero más tarde llegan a ser los objetivos del "amor" del hermano o hermana mayores, disconformes de la "infidelidad" o indiferencia del padre o de la madre. Este "complejo de Edipo", examinado profundamente por Freud, lleva a la conclusión de que "el incesto no constituye un acto que inspira horror", sino que es ingénito en la naturaleza física y psíquica del hombre y hasta de los animales. Las antiguas religiones (en los griegos y egipcios) impusieron ciertos ritos incestuosos. El niño lleva en sí mismo, de una manera velada, no solamente la herencia humana, sino también la prehumana. No es, pues, de sorprenderse cuando en la primera infancia reaparecen rasgos de las antiguas épocas. Esas incitaciones incestuosas, repelidas en el inconsciente por la educación, reaparecen en el adulto cuando el sueño lo libra de las coacciones morales. De aquí resultan los raros sueños del hombre y de la mujer, sueños que parecen "proceder de un verdadero infierno", y que no son más que fenómenos de regresión del instinto sexual.

Mientras el doctor Freud explica los problemas psíquicos a través de la sexualidad, Camilo Spiess (un sabio de Ginebra, discípulo de Nietzsche y Gobineau) se esfuerza en "supersublimizar" la sexualidad. Partiendo, no obstante, de los fenómenos de la fecundación, llega a la concepción del espiritualismo sexual. Esta concepción algo mística no constituye más que una transposición del "superhombre" filósofo de Nietzsche. La idea del "hombre del tercer sexo", del ser completo en el cual viven el marido, la mujer y el hijo, puede ser tomada en el sentido múltiple o restrictivo. En el ser del "tercer sexo" residen todas las perfecciones pasadas y futuras, pero también todas las imperfecciones, todas las inversiones y perversiones del instinto sexual del marido, de la mujer y del hijo. A este último, Spiess le acuerda un amor "más allá del sexo", siendo el "genio" a

través del cual es amada toda la humanidad. Esta idea explica por qué los filósofos y los sabios de Grecia fueron atraídos por los adolescentes, por los impúberes, aunque Spiess no aporta prueba alguna de que Sócrates y otros tuvieron con sus discípulos relaciones puramente espirituales. La espiritualización del apetito sexual ha sido expuesta por Spiess en una serie de obras (Psico-Síntesis, Así hablaba el hombre, 1924, etc.), pero con una terminología difícil para el gran público.

### *Los mormones*

Una curiosa secta religiosa es la denominada "Iglesia de los Santos del Postrer Día", fundada en 1827, en Estados Unidos de Norteamérica por José Smith. Los miembros de la secta son apodados "mormones", cuya historia es bastante rica en peripecias y luchas. En 1809, el pastor Sal. Spaulding escribió una novela basada en la idea legendaria de que los Pieles Rojas serían los descendientes de las diez tribus de Israel desaparecidas. Este libro: *The Manuscript Found*, al agregársele analogías entre diversos símbolos cristianos, descubrimientos arqueológicos de los viejos aztecas, ha sido aumentado con citas y máximas de carácter bíblico, y ha tenido gran éxito. La iglesia oficial de los mormones tuvo al principio 30 miembros; hoy cuenta con medio millón, siendo numerosos los templos en los diversos Estados de la Unión y México. Vivas luchas se produjeron entre estos sectarios y los gobiernos que quisieron someterlos a las autoridades legales.

Los puritanos norteamericanos son contrarios a los mormones debido a que éstos tienen también el dogma de la pluralidad de las mujeres, predicado por José Smith y por su sucesor Brigham Young, a quien se atribuyen 17 mujeres y 52 hijos. La casuística o la "revelación" de esta poligamia no interesa aquí. Los mormones afirman que Moisés y Jesús habrían sido también polígamos. El hecho es que los mormones, a pesar de su fanatismo y poligamia, no son desenfrenados; sus costumbres son puras y la prostitución les es desconocida. Pero la poligamia no es accesible a todos; salvo las formalidades oficiales, es necesario el

consentimiento de la primera y demás esposas, como también una buena situación económica; cada mujer tiene su habitación particular o, por lo menos, su cuarto propio bajo el mismo techo. Las autoridades persiguieron a los mormones con sinnúmero de procesos; los "puritanos" no vacilaron en asesinarlos. Finalmente, en 1890, Woodruf, el presidente de la secta, para obtener la paz y el derecho de que el territorio ocupado por los mormones en la región del Gran Lago Salado se convirtiera en un Estado (con el nombre de Utah) entre los otros Estados de la Unión, hizo la solemne declaración de prohibir a los miembros el casamiento múltiple. Pero un párrafo secreto desliga a los mormones de esta declaración. Así, pese a todas las restricciones, por lo menos los sectarios ricos saben mantener su antiguo "culto" ético-erótico de la poligamia.

### *La intranquilidad sexual y sus consecuencias*

Es evidente que la intranquilidad sexual caracteriza a nuestra época. La moral sexual religiosa y también la laica no ofrecen felicidad al individuo que, como en otros tiempos, no se somete a sus limitaciones y opresiones. La tradición, la ley o el "buen tono" no constituyen ya bases sólidas del "orden sentimental o sexual". Solamente una nueva ética sexual, libre, pondrá fin a la perturbación sexual de nuestros días.

En el diccionario Larousse, la *obscenidad* es definida de esta manera: "Lo que es contrario al pudor", y el *pudor* es el sentimiento de "temor o de timidez provocado por las cosas relativas al sexo". De donde resulta que la obscenidad es algo convencional: ella no radica en los aspectos exteriores, sino *en el que las observa*, las escucha, las investiga. La obscenidad no reside en los actos del amor, en la vestimenta que descubre o pone de relieve algunas partes del cuerpo, en distintas actitudes o gestos, como no existe obscenidad en los movimientos libres de los animales, en los aspectos de la flora, en las producciones musicales o en las obras científicas. La desnudez parcial o total del cuerpo humano no es obscena *en sí*. La obscenidad no existe, en modo objetivo, *fuera* del individuo que se cree molesto o las-

timado por la misma, como tampoco existe el pudor *en sí*. No es impúdico el seno de Dorina, sino que Tartufo "ve" en ella la obscenidad y la vergüenza. Pero Tartufo es un hipócrita. Como él son el 99 por ciento de los que denuncian o condenan la inmoralidad y desvergüenza, pero que no sienten en absoluto el "sentimiento del temor y de la timidez" de la definición de Larousse.<sup>2</sup>

Un sabio como Han Ryner compadece a los que consideran como vergonzosos los actos del amor: "Los veo enrojeciéndose por encontrarse en el mundo y huyendo con disgusto ante su padre o madre." En lo que concierne a las "perversiones sexuales", ellas son las consecuencias de las prohibiciones e imposiciones: "La plena libertad reducirá estas fantasías mucho más de lo que queremos creer. No pretendo que mi vecino tenga mis gustos; huyo de lo que me fastidia, sin importunar a los que se divierten. Conozco, empero, un pudor recomendable: la discreción y el arte de no tiranizar a nadie"...

<sup>2</sup> "Ahora todas las mujeres enseñan los muslos; pero el tabú es el seno, porque casi todas las mujeres influyentes lo tienen muy feo. Esa moral indecente la propugnan las cacatúas que, sólo vestidas, pueden ocultar sus horrores; los homosexuales más o menos sinceros; muchos rijosos panzudos, de los que espían a Susana, que, ya viejos, se dicen: 'Ya que no mía, de nadie', y quisieran ser solos en *samuelear*, deporte favorito de Napoleón III, otro moralizador. Borrachos celosos; papás parranderos que no quieren toparse con sus hijos en ciertos lugares; farsantes como el de las camisetas; algún loco y —¿por qué no?— algún hombre sincero, caso rarísimo; pero no imposible... ¿Qué es esa sombra inocente de un seno, al lado de esa invasión fabulosa de voces lánguidas y amariconadas, de estupideces y vulgaridades, de tangos empalagosos y de mambos idiotas que, habiendo desterrado las finezas pintorescas del folklore de todos los pueblos, el buen gusto y la armonía, van castrando poco a poco las nuevas generaciones y mistificando el dimorfismo y la fórmula diferencial que normalmente debe de existir en las relaciones amorosas humanas? Este androginismo que caracteriza todas las decadencias... lo vemos simbolizado en las tendencias del canto en estos últimos tiempos. No olvidemos que el canto es, en la naturaleza, el reclamo nupcial; que la voz viril es la de bajo, así como la femenina es la de soprano. Pero ahora está en boga en el varón, la voz de falsete, y en la mujer, la de contralto, media escala más baja... La indiferencia va ganando terreno a la pasión; las desviaciones sexuales van en rápido aumento, hasta el punto de que según un colega especializado —Dr. Brunel— sólo en París hay 540,000 (?) invertidos fichados por la policía." *Dr. M. de Gabarain* en una serie de artículos: "Tartufo y la sombra de un seno", en *El Sol* de Alajuela, Costa Rica, 3. x. 1955.

En otro orden de ideas, Ixigrec, al hacer la apología de la voluptuosidad, llega a la conclusión de que, "entre todos los actos humanos, el de la voluptuosidad es, sin duda, el más moral y más social; él crea armonía, acerca a los seres mediante el amor... y es casi el único de todos los gestos humanos que brinda la recompensa al mismo tiempo de su realización"... Tampoco Sigmund Freud cree que la abstinencia sexual contribuye a la formación de los hombres enérgicos, de acción, o de los pensadores, reformadores y audaces libertadores, sino más bien a unos honrados enclenques, superados por la masa y que siguen los caminos trillados.

¿Es aún necesario que insistamos acerca de la absurdidad de la "castidad prenupcial", de la que la mística religiosa, obsesionada por la idea del "pecado" en cualquier manifestación sexual, ha hecho un dogma malhechor? Tolerada solamente en el matrimonio, la unión corporal es consagrada por un representante de la divinidad, únicamente como una unión de las almas y con el fin de procrear. En la mayoría de los países, el casamiento civil priva sobre el religioso. Tanto el magistrado como el sacerdote ¡tienen que sancionar las relaciones sexuales! El Estado tiránico tiene interés en que estas relaciones sean subordinadas al postulado familiar; la familia es, pues, una imagen reducida de la sociedad actual. En la familia, los hijos —que fueron traídos al mundo sin ser consultados— son enseñados a obedecer sin discusión, sin crítica, para ser escolares dóciles, soldados disciplinados, trabajadores resignados y ciudadanos sometidos y obedientes...

La castidad impuesta a la mujer la predispone admirablemente a jugar el papel de buena madre de familia, de buena educadora, de buena ciudadana... Una escritora, Hope Clare, describió las consecuencias de la castidad en la salud general de las mujeres. La virginidad prolongada o permanente debilita y perturba todas las funciones orgánicas. Los primitivos se muestran más despejados que los civilizados. La naturaleza castiga el abuso, pero también la abstinencia. La histeria es la consecuencia casi inevitable del celibato absoluto, tanto en las mujeres como en los varones. En las doncellas, la menstruación es

obstaculizada, mientras que en las solteras los órganos de reproducción sufren graves inflamaciones. La anemia y la clorosis son frecuentes en las vírgenes: rostros pálidos, terrosos, miradas apagadas, pasos pesados. Figuras marchitas, que recobrarían la frescura en una atmósfera de amor.

Otra escritora, Odette Keun, al describir en una novela a la mujer moderna, llega al reconocimiento del amor plural sin temor a la mengua del coraje y a la perversión del carácter. Al amor físico no se le debe dar "mayor importancia que a un apretón de mano". Demostrando con cuánta fatiga y sufrimiento llega la heroína a la emancipación sexual, la autora escribe: "Cuando yo era muchacha se me enseñó a creer que la virtud radica en la virginidad. Ésta, se me decía, es mi mejor capital material y, al mismo tiempo, la prueba de mi religión, de mi pureza moral y de mi capacidad de ser más tarde fiel al matrimonio. En una palabra: he sido enseñada en la *membranolatría*, el culto del himen... Sobre una pequeña membrana absurda y casi invisible, a la que la ciencia médica clasifica como rudimento de un órgano (algunas mujeres ni siquiera la poseen en estado completo) se instituyó en el curso de los siglos todo un sistema de la virtud femenina. Entre todas las creencias, no conozco otra más ridícula que ésta"... Por otra parte, los maridos, como propietarios celosos, y por perjuicio, sacaron beneficios: estaban seguros de la *novedad* e integridad de la mujer que habían adquirido —como "una fianza de propiedad integral"— y, si eran sádicos, tenían segura perspectiva del placer intenso y brutal, de la violación sin castigo. Hasta la misma moral laica pretende que, por la naturaleza del himen, la mujer tiene la revelación del amor, siendo unida definitiva y místicamente con el "marido legal". La verdad es que nueve de diez mujeres podrían declarar que el acto de la desfloración les provocó solamente dolor físico y disgusto, conservando algún tiempo una secreta repulsión ante el macho que las forzó. Muchas mujeres tienen que esperar largos años, después de las relaciones sexuales "virtuosas, legales, desabridas y hasta repulsivas", el momento en que su ser experimente el estremecimiento producido por el verdadero amor, la alegría de entregarse en cuerpo y espíritu.

La escritora María Lacerda de Moura (al combatir la tesis de aquellos que, para sostener la "familia legal", afirman que la mujer es una degenerada) demuestra que la familia fundada sobre la coerción es lesiva a la evolución social; ella mantiene la desdicha colectiva, la ignorancia y explotación individual, perpetuando los crímenes bárbaros en nombre del "amor", mediante los celos y el instinto de propiedad; bajo el escudo de esta falsa familia, abunda el adulterio, la poligamia hipócrita, detrás de la cual el esposo "monógamo" trae al hogar todas las suciedades de la calle, incluso la sífilis, infectando también a su descendencia, gracias a la esposa oportunista, servil o ignorante.

"Cuando los amantes —escribe Catalina Austin— lleguen a la convicción de que ellos no tienen ningún derecho de propiedad sobre la que aman, cualquier manifestación de celo de parte de ellos será absurda." El exclusivismo pasional es repugnante; es una rebaja de la naturaleza humana. "La emancipación real de la mujer depende de su emancipación religiosa y sexual" (Margarita Després). Hay que hacer tabla rasa con las supersticiones conyugales y con la doble moral. "Todas sabemos —declara Elena de Taillis— que el esposo no ha nacido para ser fiel y que la regularidad de su existencia es frecuentemente una apariencia."

### *Los celos y los crímenes pasionales*

Una forma aguda de la intranquilidad sexual lo constituyen los dramas o, mejor dicho, los asesinatos pasionales, cuyo número crece incesantemente. No existe una estadística seria en este sentido. En Francia los celos causan de 1,000 a 1,200 víctimas anuales. Si la proporción es igual en los demás países, tendríamos anualmente de 40,000 a 50,000 víctimas en todo el mundo. Los crímenes por celos sexuales son llevados a cabo con todas las armas posibles, hasta con agujas y tijeras. El envenenamiento, el ahorcamiento, la sumersión en el agua, la estrangulación, el emparedamiento vivo son otros tantos medios. Infinita es la lista de las torturas inflingidas por los celosos que pretenden amar "sin rival": ojos arrancados, narices y orejas cortadas,

mutilación de las partes genitales, de los pechos, etcétera. Las cárceles están llenas de celosos infelices de ambos sexos.

El pensador Gerardo de Lacaze-Duthiers, escribe que la prensa no da a publicidad las verdaderas causas de los crímenes pasionales y que la tendencia, aun en un medio avanzado, consiste en culpar a la víctima. Ésta, "rompiendo con los vínculos legales o ilegales que se encuentran en el camino, dio prueba de independencia y rebeldía, lo que la sociedad no perdona. El espíritu propietario que domina en las relaciones amorosas de los individuos, tiene derecho a toda indulgencia. El hombre o la mujer abandonados pueden matar impunemente. La justicia encuentra siempre circunstancias atenuantes".

En algunas partes se produjeron, empero, reacciones enérgicas contra el propietario sexual. Ciertos grupos modernos presentan curioso parentesco con sectas emancipadas de la Edad Media o de la época del Renacimiento. La descripción de la vida que llevaban los miembros del grupo *Atlantis* merecería un interés especial. Reproducimos algunos de los principios de una "Asociación internacional de lucha contra el celo sexual y el exclusivismo en el amor", a la cual se adhirieron personas de todas partes del mundo. La desaparición del celo sexual o del exclusivismo en el amor, depende de la abundancia de las posibilidades de experiencia amorosa. Esta abundancia es la consecuencia de la desaparición de los prejuicios relativos a las apariencias corporales, a la edad, sitio, raza, etc. La multiplicación de las posibilidades de experiencias amorosas constituye una forma del individualismo expansivo y conduce a una camaradería más amplia, más comprensiva. No existe ninguna diferencia entre las manifestaciones amorosas y los demás placeres de orden intelectual, económico, recreativo, procurados o recibidos de un camarada. La experiencia amorosa es una de las formas anti-autoritarias de la vida que saben llevar los individualistas, y desconoce los actos denominados "impuros" o "prohibidos" por la moral opresiva. La convivencia de los y las amantes implica el reconocimiento *tácito* de que cada una de las partes puede vivir su vida sexual, personal, independiente, autónoma. Como las demás funciones del organismo humano, las manifestaciones amo-

rosas pueden ser consideradas como objetos de reciprocidad solamente cuando todo espíritu de venalidad es alejado.

En fin, según algunos críticos de la actual sociedad, la lucha contra el celo sexual y el exclusivismo en el amor está en función de las siguientes realizaciones: 1) Pluralidad, simultaneidad de las experiencias amorosas; 2) "Ménages" compuestos por diversos miembros u "hogares" múltiples; 3) Colonias basadas en la afinidad, en el principio: "todas para todos y todos para todas"; 4) Cambio de compañeros, de compañeras, de hijos, entre los asociados que viven en común (parejas, "ménages", familias, etcétera); 5) Satisfacción de las necesidades, deseos, aspiraciones, como resultado normal de las relaciones entre camaradas y de la libre hospitalidad, etc.

Estos no son simples principios. Numerosas cartas recibidas de los camaradas establecidos en centros o colonias propias, son testimonios de la emancipación sexual paralela a la social-económica. La tesis de la *camaradería amorosa* propagada por los individualistas de vanguardia (E. Armand), encontró críticas ásperas. Ella significa: "integración en camaradería de las diferentes realizaciones *sentimentalo-sexuales*". Ella comporta un *libre contrato de asociación* entre individuos de ambos sexos. La finalidad de la camaradería amorosa consiste en asegurar a los contratantes contra las formas negativas del amor: ruptura, celos, exclusivismo, propietarismo, capricho, indiferencia, "flirt", prostitución. Se podría decir de la camaradería amorosa que ella es una "cooperativa de producción y consumo sexuales". En este sentido, Vera Livinska ha demostrado detalladamente cómo puede funcionar semejante cooperativa, la que en modo alguno es una asamblea de partidarios de Venus y Adonis: "Nada es más absurdo que colocar la sede del sentimiento, de la ternura, de la voluptuosidad en los rasgos más o menos regulares del rostro... Ante todo, es necesaria la similitud de las aspiraciones e ideales".

Julio Guesde escribía, en 1875, en el *Catecismo Socialista*: "Las relaciones sexuales entre el varón y la mujer, fundadas en el amor y simpatía mutuas, serán igualmente libres, variables y múltiples como las relaciones intelectuales y morales entre los individuos del mismo sexo o de sexo contrario." ¿No

es ésta la solución de la “inquietud sexual” y no justifica la tesis y ensayos más atrás señalados? <sup>3</sup>

Un ejemplo interesante nos dio la colonia *Oneida*, en la parte oriental de los Estados Unidos de Norteamérica. Desde 1851 hasta 1879, esta colonia practicó el “matrimonio completo”: las mujeres tenían, por lo menos una sola vez, relaciones sexuales con todos los hombres de la misma. Pues bien: en ninguna parte del mundo los niños han sido mejor atendidos y las madres más respetadas. Allí no existía la mortalidad infantil, ni las enfermedades venéreas. Sus miembros llegaban generalmente hasta los 70-80 años. Seis horas de trabajo eran suficientes para equilibrar la producción y el consumo. Todo estaba irreprochablemente organizado; hasta los mismos adversarios de la colonia reconocían la higiene y la rectitud de sus miembros, que no fumaban, no bebían, no injuriaban y nunca tuvieron proceso alguno con los vecinos. Esta colonia, integrada por 300 personas, fue desmembrada tras las agitaciones de las instituciones puritanas.

Hechos no muy lejanos demuestran, sin embargo, que la emancipación sexual se abre camino. *Mercure de France* (15 de julio de 1930) recuerda una secta danesa o noruega, cuya iglesia existe en Christiansund; esta secta practica la poligamia completa. Los dujobores —como hemos demostrado en otro capítulo—, una especie de tolstoianos rusos emigrados al Canadá, cuyo número asciende a 12,000 ó 15,000, evidencian estar inclinados hacia la “camaradería amorosa”. En su mayoría, ellos no admiten más que el amor plural, pese a que fundaron familias. Su concepción es aún espiritualista, pero ellos quieren establecer “el cielo en la tierra” para que cada cual tenga una vida libre y próspera.

### *La revolución sexual*

Como cualquiera otra revolución —escribe el doctor Juan Lazarte—, la revolución sexual tiene un aspecto destructor: la

<sup>3</sup> Véase el anexo 3.

prescindencia de los prejuicios y de las normas arcaicas y estériles; por otra parte, tiene un aspecto constructivo, en el que el placer moral y físico son armonizados. Presenciamos un gran acontecimiento, cuya amplitud no la podemos prever por ahora. Ayer, el sexo significaba esclavitud; mañana será liberación.

El cuerpo humano es en realidad un instrumento de trabajo. Pero el trabajo no debe ser considerado como un suplicio, como un castigo, como una mera obligación social. Decir que el "cuerpo es nuestro" significa que también tenemos horas de descanso después de las de trabajo; nuestro cuerpo (cada uno a su riesgo) debe proporcionarnos todas las emociones, sensaciones y alegrías de que es capaz. Por eso él no puede pertenecer en modo exclusivo a la ley, a la Iglesia, al Estado, a la sociedad. El cuerpo pertenece a su poseedor: a la persona, al yo, al único. Cada uno debe aprovechar su cuerpo, íntegramente o en parte, para dar o recibir cuanto más placer, cuanto más voluptuosidad. Este es el *credo* del que proclama que "su cuerpo es suyo". Por reciprocidad, por ayuda mutua y previa comprensión, "mi" cuerpo llega a ser "nuestro" cuerpo, tanto en lo que concierne al placer sensual, como en lo que respecta a otros placeres físicos, intelectuales o espirituales.

"La libertad individual debe abarcar todas las facultades; de otra manera, ella no es nada. Ninguna consideración extraída de la moral religiosa o laica, burguesa o vulgar, de la moral dictatorial de una clase o de un partido, de un contrato social *impuesto* o de costumbres y hábitos, podrá apartar el derecho incontestable que tiene la unidad humana, el yo, el único, de disponer como le conviene —en la finalidad del placer y de la alegría— de su cuerpo entero o de una parte de su cuerpo." Esta es la gran reivindicación sexual de hoy, basada en la libertad de la "demanda y oferta", en la libertad de la exteriorización, de la comunicación y asociación.

Esta libertad lleva también a la transformación de los viejos conceptos acerca de la pornografía. Esta es comercializada por sujetos venales que saben ponerse a cubierto de las leyes. Un pensador como Bertrand Russell escribió en *Matrimonio y Moral* páginas notables acerca de esa manifestación de la hi-

pocresía colectiva, en los cuadros rígidos de las leyes y de la religión. No pide nuevas leyes contra la pornografía, sino que muestra cómo evoluciona el "sentimiento" pornográfico de un país a otro, de una época a otra, de una categoría social a otra. Sólo la *educación sexual integral* alejaría inevitablemente la pornografía y los pornógrafos.

La primera ventaja de esa educación —tal como escribe Renée Dunan— es la que se refiere a las enfermedades venéreas, especialmente la sífilis, cuyos estragos son horribles. Las medidas preventivas serán tomadas sin vergüenza, igual que contra cualquier otra enfermedad; el marido tendrá más escrúpulos ante su familia, y la mujer ya no será una ignorante que, por venalidad, temor o por un estúpido mandato "moral", se somete a un bruto (aunque sea legalmente) que la embaraza, si es que no le obsequia también la treponema pálida.

Quien afirma que la educación sexual integral favorece el vicio, tiene que saber que el vicio es el producto de la castidad impuesta y de la hipocresía, es decir, de las dos morales. El conocimiento de todos los problemas sexuales conduce a evitar las enfermedades, como también las prácticas que pueden ser nocivas para el marido, la mujer y sus descendientes.

¿Y el amor?, se pregunta E. Armand. "Este sentimiento individualista no puede entrar en razonamientos de orden general. Podemos, empero, decir que solamente una educación sexual integral dará al amor una forma fisiológica armoniosa. La educación sexual es considerada necesaria por el moralista deseoso de ver a los esposos unidos en concordia. Ella es necesaria para la sociedad que teme la multiplicación de las enfermedades venéreas; para los amantes que no piensan más que en su secreta alegría; para todas las madres abnegadas. Debemos declarar con firmeza: todo aquí, en la tierra, desde el nacimiento hasta la muerte, no es más que educación sexual. Solamente los tontos quisieran ahuyentar, al mismo tiempo que el sexo, la vida misma y todo lo que la justicia."